



***Cuentos completos.* Manuel Rojas.  
Santiago: Alfaguara, 2019.  
ISBN: 978-956-384-140-4. 492 pp.**

Por Francisco Marín Naritelli  
Universidad Andrés Bello  
[hesse09@gmail.com](mailto:hesse09@gmail.com)

*Tengo un delito sobre mi conciencia. Legalmente, es un delito. Moralmente, y sobre todo para mí, para mi conciencia moral, no lo es. Un tribunal me habría condenado; un hombre a solas con su alma, me perdonaría.*

Manuel Rojas

### **Las raíces encabritadas de una geografía profunda**

Pensar un autor es rodearlo, aproximarse a él no sin incertezas. No es posible, por el contrario, definirlo o captarlo en una matriz de análisis rígido y predeterminado. Más aún, pensar un autor como Manuel Rojas implica no solo descomponer un contexto y una obra, es abrir interrogantes, es dialogar. ¿Qué representa su narrativa? ¿Cuáles son sus tópicos? ¿Qué hacemos con Rojas en pleno siglo XXI?

Ante todo, una propuesta de lectura con análisis y proyecciones, una tentativa de abordaje sucinta atravesada por la intuición y que tiene como punto de partida los *Cuentos Completos* del autor editados por Alfaguara (2019).

### **Narrador/ sujeto/ orador**

El sujeto, en los cuentos de Rojas, ya sea narrador o personaje, no corresponde a un yo esencialista, condescendiente; es un sujeto/constructor, que se hace a sí mismo, vigoroso, cuyo conocimiento es experiencial, fruto del esfuerzo propio, lo que de alguna forma determina su valía tanto en su autoafirmación como en su trato con otros: “Los niños se hicieron hombres y los hombres envejecieron. Sus hijos, única distracción de su vida y de su hogar humilde, aprendieron a andar agarrados a los bordes de su banca” (“El bonete maulino” 76).

No podría ser de otra forma si lo entendemos desde su posición social: temporero, peón, electricista, marinero, cesante, mendigo, minero, cuatrero o lumpen, en los márgenes del orden social, muy lejos de la opulencia y la comodidad y muy cerca del desastre y la muerte. Adultos o menores, da igual. Incluso, existe una

condición mimética padre-hijo, donde el hijo reproduce un código de honor, una moral infranqueable, una herencia ineludible (cuentos como “El cachorro” o “El rancho en la montaña”):

. . . y entonces, aburrido de cazar jaguares y caimanes a puñaladas, abandonó su terruño y durante largo tiempo rodó por los territorios del sur de la Argentina, siendo sucesivamente peón de estancia, esquilador, domador, cazador, cateador, todos los oficios del gaucho, y por último, contrabandista, con una hoja de servicios que merecía respeto a muchos hombres (“El hombre de los ojos azules” 96).

El deambular es propio de los cuentos de Manuel Rojas: sin rumbo fijo, no como un observador distanciado y contemplativo, al estilo de un *flâneur*, sino como un sujeto agobiado o libre, casi expatriado, aunque no por ello menos pícaro y astuto. Feroz dicotomía: el deambular callejero o montañoso como un exterior solitario, peligroso e inclemente, frente a un interior seguro, acogedor y luminoso, permitido solo para unos pocos: “Tres días ambuló por Santiago casi sin comer, en busca de alguna noticia, de alguna oportunidad, pero nada” (“La aventura de Mr. Jaiba” 178).

La pobreza, el alcoholismo o la falta de oportunidades, como tópicos incluidos en un Chile tosco y provinciano, un Chile que parece muy lejano desde el ojo actual, aunque habría que precisar: desde una literatura más bien citadina y privilegiada. Y el que tiene hambre, no se ufana de su carencia (“El vaso de leche”). Es como un azote insoportable, como “una quemadura en las entrañas”, que enflaquece cualquier fuerza.

No hay una romantización de la figura del pobre o del ladrón. Hay crudeza, amargura y desazón. También indulgencia. El profundo conocimiento de Manuel Rojas sobre esta realidad, nos permite reconocer una suerte de conciencia moral sostenida por el sujeto/narrador. Este profundo conocimiento no es más que el entendimiento y exposición de las duras condiciones materiales al que se enfrenta el bajo pueblo, a pesar del ingenio o la buena suerte: “¿Por qué los ladrones serán ladrones? Veo que siempre andan pobres, perseguidos, miserables; cuando no están presos andan huyendo; los tratan mal, les pegan, nadie puede estar cerca de ellos sin sentirse deshonrado” (“El delincuente” 131).

Un narrador no bravucón sino fabulador. Personajes que cuentan anécdotas que constituyen la viga maestra de su vidas, alegrías y torcimientos. Historias dentro de historias (como “El bonete maulino”). Aquí se destaca la importancia de la oralidad como mediación de un mundo siempre en descubrimiento, que implica respeto y sabiduría. Historias que se cuentan, historias que se repiten, que en-

tremezclan ficción y biografía. Dice el mismísimo Rojas respecto al cuento “El cachorro”:

Está basado en una historia que se me contó mientras trabajaba en el campamento ferroviario que se describe en “Laguna”. Un día vi pasar, en dirección a Las Cuevas, a un hombre joven que llevaba un cayado y que caminaba al lado de las vías del Trasandino. Iba adecuadamente vestido, lo que no sucedía con nosotros, cuya vestimenta era de una inadecuación extrema, y marchaba con el aire de la persona que camina para cumplir una función. ¿Quién es?, pregunté (477).

Una oralidad como ética del lenguaje, indisociable de aquel sujeto atravesado por dolores, congojas, sinsabores y desgracias. Una ética que no admite recuse, claro está, si nos movilizamos desde la hipócrita condición de la sospecha posmoderna.

### Territorio/provincia

La relación sujeto-territorio está signada por el sobrecogimiento, un sentimiento de pequeñez ante la inmensidad de la naturaleza imponente. No se advierte la comparecencia de la modernidad como retórica de la separación. Tal como plantea Marcelo Mellado en la introducción de los *Cuentos Completos*, hay en Rojas “una suerte de utopía ancestral” (21). Lo atávico devenido en rito de iniciación. Si el narrador/constructor se hace a sí mismo, esto no es posible a través del logos. No hay desmitificación o desencantamiento racionalista; hay desgarramiento, desolación, al mismo tiempo que belleza y deslumbramiento: “Toda la noche el viento ha soplado por el cajón cordillerano, limpiando la ruta de esmeralda del día; al amanecer se ha detenido de improviso y unas nubecillas blancas, desorientadas, flotan en el espacio, chocando a veces con los cerros, sin saber hacia dónde dirigirse. ¿Quién habrá cerrado las compuertas del viento?” (“Corazones sencillos” 453).

Una vuelta a lo mítico que desbarata cualquier voluntad productiva que ve precisamente al mundo como un gran almacén para el usufructo capitalista. Entonces, el esfuerzo por “comprender” es desplazado por el esfuerzo por “conocer”, condición *sine qua non* del ser y estar en el mundo.

La naturaleza es develada no como mero decorado del desarrollo narrativo, sino como un actor preponderante, casi central, que determina a menudo el destino o el azar de sus existencias: “Como íbamos a favor de un cerro no lo sentíamos en nuestros cuerpos, pero al dar vuelta el camino, el viento nos detuvo como una mano poderosa. Daban ganas de gritar y llorar. La sangre zumbaba bajo la impresión de este emocionante e invisible espectáculo” (“Laguna” 35).

Una espacialidad mayormente rural y no citadina: desafiante, escarpada, difícil, indómita. La provincia en todo su esplendor. La cordillera, el frío, el viento, la nieve. Los montes, los ríos. Tierra del Fuego. Las raíces encabritadas de una geografía profunda. Una espacialidad concomitante con una conciencia del cuerpo que obliga el despliegue de toda su mecánica vital. Hasta el límite.

No por nada algunos de los personajes asumen apodos relacionados con la fauna, con aquella topografía vivaz y amenazante, incluso con la población indígena, que entroniza una equivalencia sujeto/territorio, identificación vernácula insoslayable en los cuentos de Rojas: “Le llamaban El Loica, nombre indio de un pajarillo chileno que tiene el pecho rojo, el Pecho Colorado de los argentinos, y recibía ese apodo porque Manuel Martínez se cubría corrientemente con una manta boliviana color rojo que le llegaba hasta la cintura y que le hacía asemejarse a una loica gigantesca” (“El cachorro” 57), o bien: “El blanco era Juan Herrera, llamado El Puelche, nombre que los chilenos designan un viento que en alguna parte de las montañas sopla desde las cumbres hacia abajo” (“El hombre de los ojos azules” 96).

Identificación vernácula también asociada a ritos y tradiciones, la presencia de ánimas o criaturas fantásticas como el colocolo, los chonchones, la calchona o las candelillas.

### Ética/emancipación

No es extraño reconocer en los cuentos de Manuel Rojas una tentativa de resistencia, de emancipación. Más allá de la ubicación de esa tentativa dentro de la hegemonía cultural comunista propia del siglo XX, como voluntad revolucionaria, no es menor la vigencia de un pensamiento humanista.

En el cuento *Mares libres* queda de manifiesto la libertad como horizonte de sentido a través del vuelo de los pájaros sobre el mar. También como descripción fabulística de las inequidades sociales: “—Lo terrible es el crimen. . . Lo terrible es el crimen que el hermano fuerte comete contra el débil” (390).

Humanismo significa asociatividad, comunidad, trabajo justo y equitativo, sin importar frontera o nacionalidad, porque se trata precisamente de dislocar el sistema de valores donde se asienta la explotación capitalista. O bien, como dice Rojas: “Todo para todos, nada es de nadie”: “Pero Juan no quería sirvientes y propuso al indio una asociación en la que serían a medias las labores y las ganancias” (“El hombre de los ojos azules” 98).

La conciencia moral en los cuentos de Rojas también implica un cuestionamiento a la justicia formal, a la justicia como ordenamiento abstracto, como tipificación de delitos. Porque no siempre la justicia es “justa” y, por ende, acatable. Así se desprende, por ejemplo, del cuento “El trampolín” donde el narrador libera a

un preso que ha sido condenado por asesinar involuntariamente, casi por accidente y sin quererlo, a su amigo.

Porque los hombres no nacen bandidos o pobres. Antes de instituciones y roles, antes del Estado, son seres humanos. Seres humanos con pequeñas historias extraordinarias. Y si es así, a contrapelo del positivismo social, nada está cerrado y todo es posible.

Ahora bien, el derrumbe de las utopías no supone en ningún caso una prescripción *ipso facto*: la orfandad de la imaginación y su potencialidad de futuro. Esa sigue siendo una tarea libertaria de ese tiempo y de todos los tiempos. Con esto, estamos más cerca de pensadores como Cornelius Castoriadis (2007), Raymond Williams (2000), incluso de Zygmunt Bauman (2011), para quienes lo humano es fuente inagotable de energías y creatividad. Imaginar es politicidad, es resistencia, es emancipación.

Y esa imaginación no es ningún caso solitaria e individual: exige lo mancomunado, la hermandad, la solidaridad de clase, la escucha. Darse a la escucha.

### **“¡Por Diosito, Señor!” Humor versus nihilismo**

No son baladíes las palabras de Jorge Teillier, quien reconoce en la narrativa de Manuel Rojas un humor excepcional. Frente a las agrestes condiciones, el humor representa el convencimiento de que la vida merece ser vivida, muy alejada de aquel nihilismo pretencioso de lo contemporáneo. Un humor contestatario, grotesco, hasta sardónico, que entiende lo inútil de ciertas convenciones y prácticas sociales. ¿Un humor anarquista? Tal vez: “—¡Silencio, señores! —intervino el gringo Schelling—. No nos pongamos a discutir, porque si no, en lugar de llevar al enfermo a la sala de operaciones, tendremos que seguir de largo e ir a dejarlo al depósito. Lo importante es llegar pronto y como mejor podamos. ¡Andando!” (“Historia de hospital” 313).

El humor subvierte el orden de lo esperable, que sosiega el ímpetu y condena a los sujetos a la inmovilidad y el desencanto. El humor profana el estado confesional de las cosas, en la línea de Giorgio Agamben (2013), una profanación como ética y política, como nuevo uso, como una nueva forma de habitar ante la museificación del mundo que vuelve evidente la analogía entre capitalismo y religión (bien lo decía Walter Benjamin). O sea, el humor como profanación devuelve al uso común lo que ha sido erigido como improfanable, por tanto invariable y verdadero: la misma vida y la imposibilidad de transformarla. El humor en Rojas va de la mano con la acción de sus personajes y el afán pedagógico de sus narradores.

### Proyecciones/espacio literario

En el circuito actual de los escritores de salón, fervientes y eruditos académicos con posgrados y especializaciones, ¿podría haber un Manuel Rojas? Puede que sí, puede que no. Incluso, podemos quitar el singular y desordenar el apellido, y pensar en los Manuel y en los Rojas, como pensamos en los Pérez o en los García. ¿Son posibles en nuestra literatura chilena actual? Insistimos: puede que sí, puede que no. Si bien la pregunta tiene un dejo de prejuicio, es atinente a nuestro discurrir.

Quizá nos basta solo con uno, el mismo Manuel Rojas cuando habla de sus cuentos y que consigna la presente edición: “Yo quería contar algo y el deseo de contarlo era superior a una preocupación de lograr un lenguaje de esta índole (metafórico) o de esta otra (485)”.

Es cierto que una lectura de género bien podría ser problemática, pero no hay que olvidar que Rojas es tributario de una época y de una biografía. No estamos por una corrección política, por un revisionismo histórico-literario, así que leemos al autor con sus luces y sombras. Lo que oculta y desoculta. Y el saldo es positivo.

Con Rojas, y el libro de sus cuentos compilados, volvemos a la aventura de redescubrir nuestras propias fragilidades y torpezas, a la luz de estallidos y pandemias. Con inquietud, con plena libertad. Con Rojas podemos salir un poco del ombliguismo, del compadrazgo, de las rencillas, de los devaneos soporíficos, para interrogar al mundo y sus complejidades, suspendiendo aunque sea por un instante nuestra línea de flotación ideológica y personal.

## Obras citadas

Agamben, Giorgio. *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2013

Bauman, Zygmunt. *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.

Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Ensayo Tusquet, 2007.

Rojas, Manuel. *Cuentos Completos*. Santiago: Alfaguara, 2019.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península, 2000.